

PREHISTORIA DEL REINO



1
PASEO DE LOS TRISTES
DICIEMBRE, 1978

El exsecretario de las JONS, Andrés Souza Morillo, cruza la frontera en coche. Desde el Algarve hasta Granada. En Huelva pone a prueba su nueva identidad temporal. En el pasaporte aparece un tal José Aurelio Castro Ramírez, y Souza se comporta ya como un comercial cualquiera, como un viajante que vende postales en las tiendas de *souvenirs*.

Conduce de noche. Para un par de veces, sólo a repostar y al cuarto de baño. No entra en el bar si ve que hay demasiada gente.

Llega a Granada antes del amanecer. Llueve, a ratos en abundancia. Sólo ha estado un par de veces en la ciudad. Detiene el coche en un andén de las afueras del pueblo de Armilla.

Abre el maletín que lleva en el asiento del copiloto, colmado de postales del Algarve que compró al azar en Faro. Saca el plano de la ciudad, y luego, entre anotaciones artificiales en el cuaderno referentes a calles que no existen, estancos ficticios y tiendas para turistas en las que al lado aparecen nombres de calles y ciudades de

Andalucía (Dos Hermanas, Lucena, Jerez), que simulan la agenda de un comercial según su imaginación, aparecen algunos datos referidos a su objetivo. Amadeo es la palabra en clave entre nombres de varios restaurantes y hoteles de los alrededores del Paseo de los Tristes.

Son las siete de la mañana. Mientras consulta el plano y las notas, recuerda el periodo convulso entre las organizaciones del Frente Nacional, la etapa del espionaje y del contraespionaje, de las negociaciones y de las tensiones ideológicas. Los codazos, las puñaladas traperas. Por un momento se queda pensativo, al borde de una nostalgia irónica. Enciende un cigarro. Tabaco portugués. Echa de menos el Habanos.

Abre la ventanilla, cae una lluvia fina y persistente, como una cortina fría. El cielo comienza a clarear, pero será un día gris.

Arranca el coche y, entre ensoñaciones pasadas, llega al centro. Se mete en Recogidas, y tras unos minutos de exploración aparece en una callejuela del barrio del Realejo.

Todavía no está seguro de si pernoctará o no. Sabe que será casi imposible cumplir con la misión en unas horas, pero no pierde la esperanza.

Reservará, de todas formas, un hostel barato cerca del coche.

A las ocho de la mañana deambula por los callejones del Realejo. Las aceras están mojadas y resbalan. Por las carreteras empedradas circulan los primeros vehículos. Un furgón blanco pasa a su lado. Los repartidores se detienen en el almacén de una panadería. Encima del local encuentra el anuncio de la pensión Los geranios. El lugar en el que Andrés Souza pasará la última noche en España de toda su vida.

En menos de diez minutos ha reservado y pagado la habitación. Pregunta si sería posible quedarse otra noche, en la misma habitación, en caso de que fuese necesario. La mujer lo observa atónita como si no creyera lo que le están preguntando. Su gesto, a los ojos de Souza, quiere decir «es posible que esa habitación no vuelva a ocuparse en cuatro o cinco meses».

Sale a la calle. Lleva el plano de la ciudad en el bolsillo del vaquero. En la sobaquera, una Browning GP-35. Se palpa el dinero del interior de la chaqueta y luego se enciende un cigarro.

Comienza a chispear de nuevo y se sube los cuellos de la chaqueta. Mientras busca un quiosco va pensando en el objetivo. No será fácil. No

tiene ni tan siquiera una foto, ni tan siquiera una vaga descripción. Es posible, incluso, que el sobrino del monarca ya no viva en Granada. Pero Souza alberga la intuición de que el soberano sabe más de lo que le contó y cree que si lo ha dejado llegar hasta allí es porque lo encontrará más o menos donde le ha dicho.

Una idea aterradora le acude a la mente. Detiene el paso, petrificado. El terror lo recorre como corriente eléctrica. ¿Y si es una encerrona? ¿Y si todo esto no es más que un plan trazado para deshacerse de él? ¿Puede que haya algo que no entienda, alguna conexión que se le escape?

Recapacita. Una gota enorme y fría le golpea el cráneo. Da una larga calada debajo de un balcón. Entonces tiene una visión, una certeza elucubrada a medias que le dice que está pensando como Andrés Souza, que estas cosas no debe pensarlas como él. Para entenderlo bien, para aceptar que lo que está pasando es posible, es así, tiene que pensar como el cardenal Richelieu. Pensando de esta manera todo tiene sentido. Y haciendo una variante en sus conexiones lógicas, como rieles de una vía que cambia a otro eje, espanta los fantasmas y se tranquiliza.

Luego, todavía parado, resguardándose de la lluvia que aprieta, analiza lo que ha pasado. Con las manos en los bolsillos de la chaqueta y el cigarro colgándole del labio, se da cuenta de estas complejas confluencias mentales, sus esquizofrenias como mareas de identidades. «Qué pronto me he acostumbrado al viejo traje», piensa con tristeza. En su cabeza, los recuerdos buscan a ese que ha dejado de ser. Es consciente de que está sintiendo nostalgia de sí mismo. De pronto piensa en huir. Desaparecer, no regresar jamás a ese castillo de locos. Una parte de sí mismo sabe que está, después de un largo tiempo, en los brazos de la clarividencia. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¿Cómo es que ni tan siquiera cuando el monarca le habló del viaje pensó en huir, en la posibilidad de escapar para siempre? Entonces, asombrado, comprende una verdad que no olvidará jamás, un aprendizaje que recordará durante muchos días después, algo que le dará que pensar para el resto de su vida: el cardenal Richelieu no siente que esté encerrado, no tiene la necesidad de huir. Por eso, porque pensaba como el cardenal Richelieu, cuando era Richelieu, no había concebido la posibilidad de escapar.

Y dándole vueltas a estas revelaciones llega a la plaza de los Reyes Católicos. Hay un quiosco abierto.

«¿Tienes Habanos?».

«Tengo», dice el quiosquero.

«Dame un cartón».

«No», responde, «eso tiene que ser en el estanco».

«Bueno», dice Souza.

Al momento comprende que es mejor así, porque si no debería cargar con el cartón todo el rato. Mientras el quiosquero le da el paquete echa un vistazo a las portadas de los periódicos. Una sensación de vértigo casi lo hace dudar, no sabe si está viajando hacia atrás o hacia adelante en el tiempo. Atónito, lee en la portada: «Nuevo asesinato en el País Vasco». Siente un pellizco en el estómago. No quiere seguir leyendo, pero lo hace. El quiosquero le da el paquete. Él se acerca un poco más al escaparate, el diario cuelga de una pinza de tender la ropa: «ETA militar ha reivindicado el atentado perpetrado el sábado en la localidad vizcaína de Santurce en el que resultó muerto el militar retirado Vicente Rubio Ereño y gravemente herido Juan Cruz González».

Rubio Ereño, Rubio Ereño, Rubio Ereño, susurra para sí. ¿Es él? Es él. No puede ser.

El quiosquero nota su extrañeza.

«¿Sabes de una librería por aquí cerca?», pregunta Souza.

El hombre se queda pensando.

«Sí, hay una por una bocacalle de la Gran Vía. Por la Madraza».

«Gracias», dice Souza. «¿Es grande, la librería?».

«No sé. Es una tienda vieja».

Vuelve a echarle un vistazo a la portada del periódico.

«¿Se lo pongo?», dice el quiosquero.

«No, gracias».

Enfila hacia Recogidas con los apellidos dándole vueltas. Se acuerda de que había otro. ¿Quién era el otro?, había otro nombre, otra víctima. No puede recordarlo, con la impresión se le pasó por alto. Mejor no saber, olvidarlo, regresar al mundo y a las tramas palaciegas. Lo que lo ha guiado hasta allí.

Camina embelesado. Luego, a la altura del edificio de los cines Aliatar, consulta el plano y comprende que está avanzando en dirección contraria. Vuelve sobre sus pasos. Las calles empiezan a poblarse, pero es domingo, así que están más tranquilas. En Puerta Real vuelve a echar un vistazo, tiene que mirar a resguardo,

en los soportales o bajo las cornisas de los locales comerciales para no estropear el mapa.

Una vez en Plaza Nueva percibe que está cerca. Es un presentimiento. Hay algunos restaurantes abiertos, bajo las pérgolas algunos turistas toman café. Con la indiferencia, al final, la lluvia intermitente lo está empapando. Se enciende otro cigarro y cavila.

Según las pocas directrices del monarca, debería seguir subiendo Camino del Darro. Así que esto es el Paseo de los Tristes, piensa. Le llega la humedad y el olor fresco del río Darro. Un aroma exuberante. Se siente bien, en el pecho un halo de fugaz felicidad romántica. Hacia arriba, por la calle empedrada y entre el rumor de la corriente del río, se da cuenta de que está paseando. Pasear, piensa. ¿Qué es eso?

Su ociosidad no dura mucho. Impresionado, observa al fondo, en lo alto de la colina, la imponente silueta de la Alhambra. De nuevo una sacudida que lo hace viajar en el tiempo. Un castillo de verdad, piensa sintiéndose culpable. ¿Qué hubiera pasado si Camilo, en lugar de transformarse en Luis XVI, se hubiera convertido en un sultán nazarí?

El claxon de un camión lo saca de sus ensañaciones. Es el camión del butano. El reflejo

naranja y fosforito, bajo la lluvia y la niebla que baja del Sacromonte, le hacen pensar en una nave espacial. Un vehículo venido desde el futuro. Este tipo de apariciones, detalles banales, ausentes y olvidados en su vida diaria, despiertan en él una curiosidad perversa.

Se sacude como un perro mojado. Un vistazo panorámico analiza los distintos restaurantes, hostales, tascas, todo lo que en potencia puede albergar a un camarero. Le dijo que se llamaba Amadeo (confía en que ese sea su nombre verdadero y no el que ha de llevar en la corte) y que trabajaba de camarero en un bar o algo similar en el Paseo de los Tristes.

Son casi las nueve de la mañana. Sea quien sea debe de estar trabajando. Su olfato de sabueso lo lleva hasta el principio. Una batida genérica y concéntrica, minuciosa y lenta, que irá descartando territorio y acercándolo a la presa.

Paladea con gusto esa adrenalina de los viejos tiempos. Con la paciencia de un depredador hambriento merodea en cada uno de los locales. Entra, es experto en hacerse el despistado. Lleva el mapa en la mano. Si es necesario, si alguien lo asalta, pregunta por alguna calle, por la posibilidad de reservar una habitación, por el camino

a la Alhambra... Pide un café «para refugiarse de la lluvia» que apenas toca. Observa, va descartando; si alberga alguna duda, menciona el nombre preguntando por un encargado ficticio llamado Amadeo.

La cuestión es avanzar peinando el territorio, que no quede atrás ni una sola opción pasada por alto. Sabe que existen circunstancias especiales que podrían provocar que Amadeo no esté hoy en el trabajo. Que esté enfermo, que entre por la tarde o después (en ese caso, si no hay suerte ahora, volvería por la noche sólo a los sitios en los que cree que puede hallarse el objetivo) o que tenga el día libre, cosa improbable tratándose de un domingo en un bar.

Así que persiste, según su plan, poco a poco, hasta que su intuición de antiguo miembro de la Gestapo franquista le dice que se halla frente a su presa.

Está detrás de la barra, limpiando la máquina del café. La imagen responde a los datos. Unos veinticinco años, alto y grueso, sin parecer gordo, pelo castaño y ondulado. Con la cara pálida y un gesto de bonachón, entre inocente y travieso. Todavía no se descarta que esté un poco alelado.

Souza busca los rasgos del sucesor a la corona de Parisia. Otro camarero se le acerca. Pide un café y va a sentarse en la mesa más lejos de la barra, en una tarima afuera, bajo un pequeño toldo. Espera su oportunidad.

La suerte responde rápido y es él quien aparece en la terraza con el café. Souza no lo ha pensado mucho. Sabe que en estos casos hay que actuar con diligencia. Discreción, pero ni un solo rodeo.

«¿Eres Amadeo?», pregunta.

El muchacho y el antiguo secretario de las JONS cruzan una mirada breve pero profunda.

«Soy yo», dice.

«Encantado», contesta Souza estrechándole la mano, «soy José Aurelio, amigo de tu tío».

Amadeo es consciente de inmediato de que no se trata de un encuentro cualquiera. Frente a él se halla un hombre de aspecto siniestro. Un crápula de rostro duro y ajado. Una silueta consumida, raquítica. El pelo canoso parece cortado a bocados, como la perilla, blanca, sucia y descuidada.

«¿Mi tío?».

«Sí. Tu tío Camilo. Que me ha pedido que venga a contarte una cosa».

«Ah. Camilo... ¿Qué pasa?».